

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

XVI Semana del Tiempo Ordinario

Sábado

Salmo 83

El salmista ha emprendido una peregrinación no exenta de dificultades. Lo primero que atisba son las moradas, los atrios, los altares del Señor de los Ejércitos. Ya en el templo, en el recinto de la comunidad, ve a Dios que habita en Sión, su rey y su Dios.

Para ver al Señor en la comunidad que proclama "hemos visto al Señor en persona" hay que superar el ingente obstáculo de pensar que la muerte es el fin de todo; no es sino un paso al Padre. Si no se vence esa dificultad es imposible reconocer en la comunidad la obra del Espíritu.

Jesús, presente en la comunidad, abrirá los ojos de Tomás para que confiese "Señor mío y Dios mío". Es el Señor que por haber servido hasta la muerte se ha hecho rey. Es el Dios vivificante presente en Jesús por poseer la totalidad del Espíritu.

Podemos identificarnos con el salmista y decir: "¡Qué deseables son tus moradas... mi alma se consume y anhela los atrios del Señor!" Aquí es posible experimentar anticipadamente la dicha de los que viven en la casa del Señor, siendo una alabanza permanente para Dios; aquí podemos sentirnos vigorizados con la fuerza que el Espíritu comunica a quienes peregrinan hacia el Padre. Aquí podemos ver a Dios, que es nuestro sol y escudo y da la gracia y la gloria. Este es lugar de intercesión a Dios Padre por el mundo, por el hombre. El Señor no niega sus bienes a quienes confían en Él.

Dios inmenso que habitas en nosotros y entre nosotros por medio del Espíritu de tu Hijo; comunícanos en ella tu gracia y tu gloria; que sea para nosotros el sacramento inequívoco y eficaz de tu presencia. Te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)